

SANTA TERESA PERIODISTA

Excmos. Señores,
Señoras y Señores:

En estos momentos me siento como el alguacil alguacilado porque contra mi costumbre de cincuenta años largos estoy aquí no para informar del acto sino para protagonizarle de alguna manera.

Pido disculpas de antemano a quienes consideren que he ido más allá de la raya al elegir como tema de mi discurso este de SANTA TERESA, PERIODISTA. A lo mejor les parece hasta irreverente. Respeto su opinión, por supuesto, aunque mi intención está muy lejos de manipular la excelsa figura de Santa Teresa de Jesús.

Los periodistas, como los médicos y los sacerdotes estamos de servicio todo el día y por eso les voy a dar una grata noticia: he reducido mi discurso a la cuarta parte para que su lectura no llegue a la media hora. Yo sé que como estamos en Cuaresma todos ustedes están dispuestos a hacer algún sacrificio pero no deseo que la penitencia sea excesiva en este caso.

No por obligado es menos sincero el testimonio de mi admiración profunda y sincera hacia Angel Palomino a quien sucedo, cuya semblanza es bien conocida por todos los presentes. Además de su toledanismo bien probado que le llevó a formular una original sugerencia relacionada con la posible residencia eventual de Su Majestad el Rey en Toledo, su presencia en la prensa y en la literatura ha quedado sobradamente acreditada con millares de artículos, con cinco premios nacionales y uno internacional y la publicación de siete novelas, reeditadas en su mayoría.

A un escritor de esta talla le sucede un periodista, un simple soldado de la Infantería de las Letras. El contraste es tan evidente que apenas hace falta señalarlo: a Angel Palomino se le puede suceder efectivamente en su vacante pero no se le puede suplir.

Teresa de Jesús ¿periodista?

Queda la interrogante temblando en el aire cuando me atrevo

a trazar el título de este discurso, un poco ganado por la audacia que es como la savia de mi quehacer profesional y otro por el presentimiento de que, con cierto rigor y sin estirar demasiado el acordeón del concepto de periodismo, ya de suyo elástico y polifacético, Teresa de Jesús, además de doctora, escritora, fundadora y santa puede ser considerada periodista por una razón sencilla: porque, de alguna manera, lo fue. Y esta "manera" de hacer periodismo de Teresa de Jesús es justamente lo que intentaré explicar.

La cosa no es tan difícil. Abandonadas en el baúl de los recuerdos tantas definiciones como aprendí hace ya medio siglo, cuando iniciaba mi caminar por el agridulce sendero del periodismo, el periodista no es otra cosa, dicho así, a la buena de Dios, que un redactor de noticias, es decir, de hechos, de acontecimientos, un escritor del estado llano, que informa de lo que ve o de lo que le han dicho. Luego viene el periódico, que es el papel donde se imprime lo que ha escrito el periodista y que llega a manos de otra persona interesada en saber lo que se cuenta en ese papel.

Y eso es todo. Lo demás son disquisiciones buenas para los profesionales y doctos en las ciencias de la información pero indigestas para el hombre de a pie al que suelen atragantársele los conceptos excesivamente alambicados y sutiles.

Aquí, en esta casa de doña Luisa de la Cerda donde ahora nos encontramos, escribió Teresa de Jesús no pequeña parte de lo que vió y de lo que le contaron. Teresa de Jesús escribió en Toledo y fuera de Toledo especialmente lo que vio y lo que vivió, y casi siempre como protagonista sobre todo en dos de sus obras: el "Libro de su Vida" y el de sus Fundaciones. Aquí nos sale al paso el primer tropiezo: si Teresa de Jesús escribió libros fue escritora, no periodista. Pero ocurre que estos dos libros, aparte de relatar sus experiencias místicas, son típicos de dos géneros periodísticos: la crónica y el reportaje. ¿Qué otra cosa es el "Libro de su vida" sino una gran crónica autobiográfica?

Allá, por los años 30 de este siglo, hubo en "El Debate" un viejo maestro de *crónicas periodísticas* —Manuel Graña— de quien aprendí lo poco que sé.

Solía definir la crónica diciendo que no es otra cosa que una composición que denuncia la impresión personal o el criterio de un autor sobre un hecho. El campo del cronista es muy amplio porque a los hechos actuales pueden asociarse los pasados. El buen cronista tiene que escribir sobre hechos; no se concibe una crónica

sin hechos, con el sólo divagar del pensamiento. Tampoco se concibe un cronista sin curiosidad; el que no la tiene no se entera y el que no se entera no puede escribir. Debe tener sensibilidad suficiente para emocionarse ante lo que afecta a los demás y saber darle a esa emoción una expresión literaria de tal modo que haga partícipe al lector de la que el cronista ha sentido. La buena crónica requiere por último que los hechos aparezcan claros y claro nuestro propósito al escribirla, que induzca a la acción y que agrade, diciendo la verdad con cierta gracia, con atractivo, sin dureza. Quienes hayan tenido la fortuna de leer la autobiografía de Teresa de Jesús podrán comprobar que todo lo anterior se ajusta perfectamente al libro de la gran reformadora. El "Libro de su Vida" pudo muy bien titularse "Crónica de su vida" Y su obra sobre las fundaciones de los conventos que sembró por media España ¿qué es sino una larga serie de reportajes dedicados a contar las aventuras y desventuras de sus correrías?

Teresa de Jesús dedica íntegramente el capítulo XV de su Libro de las Fundaciones a informar de la fundación del monasterio de San José en Toledo el año 1569. Un periodista de hoy que diera un salto de cuatro siglos atrás no hubiera escrito sobre el acontecimiento un reportaje más completo y mejor.

Es bien sabido que el valor absoluto de un reportaje radica en el *interés* y éste se mide por la calidad de las personas, la proximidad al lugar donde se lee, la oportunidad para el lector, las repercusiones del hecho, el paisanaje, las ideas del que lee, la ejemplaridad, etc. Todas estas circunstancias se dan en el relato teresiano de su fundación en Toledo el cual por otra parte constituye un exponente completo de los criterios morales que deben guiar la actuación del reportero: culto a la verdad, pasión por la justicia, respeto a las personas y a su intimidad, colaboración con la autoridad, etc.

Nuestro querido cardenal arzobispo que conoce ya algunas de estas consideraciones ha tenido la amabilidad de subrayarlas con un comentario en el que, entre otras cosas, dice:

"Si en su época hubieran existido las Revistas que hoy circulan con tanta profusión, en cuyas páginas aparecen ahora memorias de famosos o famosas, es seguro que no hubiera faltado un Director con talento que se habría acercado a Santa Teresa para pedirle que escribiera las suyas.

Y la Santa habría accedido, si se lo hubiesen aconsejado sus

confesores, en la persuasión de que hacía algún bien a quienes las leyeran o a las empresas que traía entre manos”.

El estilo teresiano y el periodístico.

La vocación literaria de Teresa de Jesús comienza con la novela —escribió una obrita de caballería cuando tenía quince años— y terminó con la crónica dos días antes de su muerte, cuando a los 67 años cogió la pluma por última vez para contar como se llevó a cabo la fundación del convento de Burgos. Es en estas páginas postreras donde se advierten los errores materiales, los lapsus, las correcciones propias de quien ya está agotando sus últimas energías.

En la “Introducción general a las Obras Completas de Teresa de Jesús”, Fr. Tomás de la Cruz explica en pocas líneas cómo nació y fue desarrollándose la vocación escritora de la santa al tiempo que enjuicia su peculiar estilo con acertada pincelada final:

“Ella logra hablar con el lector, a pesar del papel y la pluma, como habla con su grupo de monjas en la sala capitular y en la recreación”.

Dicho así, a vuelapluma y sin detenerse en matizaciones, parecerá un desatino afirmar que el estilo teresiano tiene mucho de común con el estilo periodístico de hoy o de ayer. Salta enseguida una cuestión previa: ¿hay un estilo periodístico? ¿No se ha dicho millones de veces que las noticias que llenan los periódicos diariamente, redactadas por centenares y millares de personas, son siempre escuetas, sencillas, exentas de adornos literarios, tan sujetas y obedientes a un cánón común que parecen todas ellas escritas por la misma mano? ¿Dónde está, pues, el estilo de los periodistas? Y si no existe ¿cómo podrá compararse y mucho menos establecer semejanzas con el de Teresa de Jesús?

Vamos a procurar desenredar esta madeja poco a poco. En primer lugar, no es cierto que no haya un estilo periodístico. Lo hay y podría definirse, aunque parezca una contradicción, como el estilo que carece de estilo. No es un juego de palabras. Es que los periodistas de hoy cuando llenan sus cuartillas (cuando las llenan de noticias, no de crónicas ni de artículos o comentarios, que éste sería ya otro cantar) procuran y lo consiguen casi siempre despojar a sus escritos de apreciaciones singulares, de giros personales,

de metáforas, de concesiones a la acepción, peyorativa o no, de la "literatura". Son, diríamos, o pretenden ser, máquinas fotográficas, no pintores de cuadros. Este es el modo de escribir peculiar, exclusivo casi, de los periodistas; su estilo es frío, seco, sencillo, pero sin dejar de ser humano, natural, claro, popular. En definitiva el estilo mejor del periodista es el que mejor oriente y forme: sobrio, sintético, nunca recargado, ceñido, naturalmente elegante, siempre con buen gusto, llano, nunca rebuscado, al mismo tiempo que vibrante, rotundo, sugeridor y ameno.

Y el estilo "teresiano" ¿cómo es? ¿En qué se distingue y qué tiene de común con la manera de escribir de los periodistas?

La distinción está en la época; la coincidencia, en el fondo. Queremos decir que, si se prescinde de los modismos del lenguaje del siglo XVI, que ya es prescindir (tan abundantes en la escritura teresiana que se ha podido gracias a ella identificar el lenguaje popular de aquella época) y de la gracia y de su encantador desprecio de la gramática, aparecen más denominadores comunes de los que podrían esperarse. Para tratar de demostrarlo vendrá bien aquí acudir a los testimonios de los hombres de letras que refuerzan este aserto.

FRAY LUIS DE LEON: *"La M. Teresa, en la alteza de las cosas que trata y en. . . la claridad con que las trata excede a muchos ingenios"*.

FRAY JERONIMO DE SAN JOSE: *"Su estilo es llano, sencillo y casero"*.

JUAN VALERA: *"Con infalible acierto empleó las palabras de nuestro hermoso idioma sin adorno, sin artificio, conforme las había oído en boca del vulgo"*.

BLANCA DE LOS RIOS: *"Como si en el sólido tintero de loza talaverana bebiese su pluma en vez de tinta, luz y jugo de verdad, rompe a escribir como se habla en la vida, familiar, sencilla, entrañablemente. . ."*

MENENDEZ PELAYO: *"Santa Teresa habló de Dios y de los más altos misterios teológicos como en plática familiar de hija castellana junto al fuego"*.

JOSE MARTINEZ RUIZ (Azorín): *"A un extremo, en el problema del estilo, está Juan de Mariana, retórico, literario, artista; al otro se halla Teresa, humana, profundamente humana, directa, elemental, tal, como el agua pura y pristina. . ."*

RAMON MENENDEZ PIDAL: *"Santa Teresa, obligada por*

obediencia a escribir, adopta como garantía de humildad el estilo descuidado”.

Las numerosas citas precedentes eran indispensables para llegar a esta conclusión: la claridad, la sencillez, el uso del lenguaje popular, la espontaneidad y la naturalidad, son características del estilo teresiano. Las mismas, exactamente las mismas que pueden apreciarse en el buen quehacer del periodista de hoy, consciente, como lo fue también Teresa de Jesús, de que sin ellas no podrá nunca llegar a su objetivo: informar al lector de lo que ocurre.

La coincidencia —hechas las salvedades a las que hemos aludido— no es sorprendente si se tiene en cuenta que tanto Teresa de Jesús como los periodistas intentan, aunque desde distinto plano, *comunicar*: la primera, sus extraordinarias experiencias humanas y divinas; los segundos, el cotidiano acontecer que traspasa el límite de lo corriente, de lo ordinario.

Concisión en la redacción.

Enseñaba Nicolás González Ruiz a sus alumnos de periodismo que la concisión es una virtud del estilo que no consiente el empleo de más palabras que las que son necesarias para expresarse.

Se ha dicho que los evangelistas fueron buenos periodistas porque acertaron a narrar los acontecimientos más trascendentales de la historia del mundo con extrema sencillez, mejor diríamos con tanta sobriedad que frecuentemente esta concisión en la manera de contar los episodios principales de la vida de Cristo suscita un vivo deseo de saber más. Esto explica, según afirman los escrituristas, la aparición de los evangelios apócrifos. Se diría que los cuatro evangelistas fueron cicateros al escribir sus textos no tanto porque cuentan pocas cosas si no porque esas pocas cosas las cuentan brevemente, sencillamente, con excesivo laconismo, como si quisieran ahorrar palabras. Queda al margen de estas consideraciones la probabilidad de que los primeros cuatro narrados de la vida de Cristo escribieran menos de lo que sabían. Lo cierto es que no derrocharon “literatura” a la hora de escribir. Esto es justamente lo que hacen los mejores periodistas de hoy, sobre todo los corresponsales de las grandes agencias internacionales y de los grandes diarios destacados en cualquier lugar del mundo, para transmitir sus crónicas: van al grano directamente, describen lo que ven con

gran naturalidad y sin comentarios propios apenas, porque saben muy bien que el interés de la noticia reside en la noticia misma, no en lo que ellos añadan por su cuenta.

También Teresa de Jesús narra en el "Libro de la vida" los episodios más sublimes con una naturalidad y una sencillez inversamente proporcionales a la magnitud del hecho. Véanse, si no, estos párrafos:

"Casi siempre se me representaba el Señor así resucitado, y en la Hostia lo mismo, si no eran algunas veces para esforzarme, si estaba en tribulación, que me mostraba las llagas, algunas veces en la cruz y en el Huerto y con la corona de espinas, pocas; y llevando la cruz también algunas veces".

Si se repasa el libro de Vida saltan a cada paso ejemplos de concisión en la expresión de sus sentimientos difícilmente superables. He aquí uno de los párrafos que pueden mostrarse como modelo:

"Por ruines e imperfectas que fuesen mis obras, este Señor mío las iba mejorando y perfeccionando y dando valor, y los males y pecados luego los escondía. Aun en los ojos de quien los ha visto permite Su Majestad se cieguen y los quita de su memoria. Dora las culpas".

"Dora las culpas". Tres palabras nada más. Quizás únicamente pueda compararse por su laconismo a este "Dora las culpas" teresiano el "Oh feliz culpa" de los Oficios litúrgicos de la Pascua de Resurrección. No es fácil encontrar una frase que exprese tan brevemente y con tal belleza la grandeza de la misericordia divina y menos aún el singular gracejo con que Teresa de Jesús alude a la actitud del Señor con sus pecados: "... luego los escondía".

El culto a la verdad.

La verdad, el culto a la verdad, la transmisión de la verdad, la veracidad, es la esencia, la vida, la entraña misma del auténtico periodismo. No obstante hay que decir que la objetividad que debe guiar la pluma del periodista, del buen periodista, no siempre consigue aprehender la verdad, sobre todo la verdad completa, para ofrecerla a los lectores. La razón es sencilla. Las facultades intelectuales y aún físicas, la preparación profesional del periodista son humanas y, por consiguiente, limitadas. De aquí que dos periodis-

tas, dotados ambos del mismo potencial de afán por la verdad, puedan ofrecer, sin embargo, versiones distintas de un mismo hecho. Pero, salvado este inevitable relativismo, está claro que la brújula del periodista no puede apuntar sino al norte de la verdad. Así lo entendió Teresa de Jesús y así lo declara en el prólogo de su biografía cuando escribe:

“Puédese tener por cierto que se dirá con toda verdad sin ningún encarecimiento, a cuanto yo entendiere, sino conforme a lo que ha pasado”.

Rapidez en la redacción.

Alguien aseguró que el periodismo es una literatura con prisa.

Sabido es que el periodista de hoy, especialmente el que trabaja en los medios informativos audiovisuales, tiene forzosamente que redactar deprisa, a veces sin poder escribir siquiera porque se ve forzado a dictar las crónicas al mismo tiempo que ocurren los hechos que relata o pocos instantes después; las transmisiones directas de un encuentro de fútbol son el ejemplo más típico de esta simultaneidad.

Aunque a primera vista no lo parezca, a Teresa de Jesús le ocurrió lo mismo en no pocas ocasiones. Escribía “a salto de mata”. El último capítulo del libro de las Fundaciones lo redactó en Burgos, muy pocos días antes de morir, casi al mismo tiempo que va ocurriendo lo que escribe; ella misma lo confiesa en las líneas finales:

“Por tener yo poca memoria, creo que se dejarán de decir muchas cosas muy importantes, y otras que se pudieran excusar, se dirán. En fin, conforme a mi poco ingenio y grosería, y también al poco sosiego que para esto hay”.

La censura.

De una u otra forma la censura es una mala hierba que rebrota, con más fuerza y disimulo, cuando se la siega. No ha existido nadie capaz de erradicarla totalmente y los profesionales de los medios informativos saben bien, aunque algunos digan lo contra-

no, que rarísimas veces tienen las manos enteramente libres para escribir. Cuando no hay "censura" hay consignas, sugerencias, indicaciones, indirectas, veladas amenazas, anónimos. . .

"En el ejercicio del periodismo —escribía en "ABC" Luis María Ansón el día 8 de este mes— no sólo se tropieza uno con las burdas mordazas de la censura que imponen las dictaduras. En la democracia existen también otras sutiles mordazas con las que no pocos tratan de taponar la boca de los profesionales".

Teresa de Jesús sufrió no poco a causa de lo mismo. Sólo que la "censura" tenía entonces otros nombres. No callaba ella cuando en las primeras copias de sus libros y aun en el propio texto original le cambiaban las palabras so pretexto de corrección. Afirma Ana de Jesús que la oyó decir en una ocasión:

"Dios los perdone a mis confesores, que dan lo que mandan escribir, y ellos, por quedarse con ello, trasladando, truecan algunas palabras, que ésta y ésta no es mía".

Pero quien trajo de cabeza a Teresa de Jesús durante no pocos años fue la Inquisición. Aparte del linaje de sus antepasados, sus escritos motivaron un grave tropiezo con la Inquisición, felizmente resuelto al fin, pero que la santa debió llevar siempre clavado en el alma hasta el punto de que, poco antes de agonizar manifestó patéticamente que se alegra de morir al fin hija de la Iglesia. Sus biógrafos no están concordes en el sentido verdadero de esta afirmación y alguno la ha interpretado diciendo que lo que hace Teresa de Jesús es proclamar su satisfacción porque la Inquisición ha dado luz verde a sus escritos.

Periodismo y vanagloria.

Cada profesión tiene su cara y su cruz, su anverso y su reverso. Quiero decir que hay vicios y virtudes que se notan mas en unos oficios que en otros. Pienso que esto de la vanagloria o vanidad, que tanto monta, se nos pega a los periodistas como la sombra al cuerpo. Independientemente de la tentación que implica escuchar los elogios, merecidos o no, de los lectores amigos, el simple releer, ya impreso, lo que garrapateamos el día anterior en las cuartillas, con nuestra firma al pie o al principio, proporciona un placer que Marañón calificaba de "orgasmo literario", un pequeño orgullo que puede ser legítimo y hasta conveniente por lo que

conleva de estímulo. Pero este momento de vanagloria, de complacencia en la propia obra de cada día, es y debe ser eso: un momento fugaz; si persiste a través del tiempo, si toma carta de naturaleza y se encarna en su pluma, el periodista habrá tirado por la borda su prerrogativa más noble: la de ser consciente de sus limitaciones es decir que también le alcanzan a él los defectos que critica y que ve en los demás, que los prisioneros nunca hacen prisioneros; habrá perdido, en definitiva, la humildad y con ella su pasión por la verdad que es su arma definitiva.

Buena lección da Teresa de Jesús a los profesionales del periodismo cuando en el capítulo XL de su "Libro de la vida" escribe:

"Yo he hecho lo que vuestra merced me mandó en alargarme, a condición que vuestra merced haga lo que me prometió en romper lo que mal le pareciere".

El secreto profesional.

Está ahora más de moda que nunca comentar en la prensa el espinoso tema del secreto profesional del periodista que aquí no vamos ni siquiera a esbozar porque son bien conocidas las dos encontradas tendencias: la de quienes defienden que debe mantenerse a toda costa identificándolo con el sigilio sacramental y la de los que mantienen que sólo debe ceder, por causa grave, ante los tribunales de justicia.

Pues bien, Teresa de Jesús en dos párrafos de sus "Normas para la Visita de Descalzas" resume maravillosamente su pensamiento sobre la obligación de guardar secreto que tienen los "prelados" o visitadores de los conventos. Las normas teresianas pueden perfectamente extrapolarse a la actitud que en este asunto debemos guardar los periodistas. Dice así:

"Conviene mucho gran secreto en el perlado en todo y que no pueda entender la perlada quien le avisa, porque —como he dicho— aún están en la tierra; y cuando no haya más, es escusar alguna tentación, cuánto más que puede hacer mucho daño".

Audacia.

Decía Virgilio que la suerte favorece a los audaces. Los manuales y los profesores de las ciencias de la información no cesan de insistir en que el periodista debe ser tan osado, tan atrevido y aun más que el explorador que penetra en una selva desconocida sin pensar demasiado en si los escasos medios de que dispone serán suficientes para vencer las dificultades que puedan presentársele. Obtener ciertas noticias o realizar determinadas entrevistas constituyen frecuentemente auténticas aventuras de dudoso desenlace.

El rasgo más atrevido que puede encontrarse en su libro de las Fundaciones es quizás su conocido enfrentamiento con el gobernador eclesiástico Tello Girón cuando viene a fundar el convento de Toledo. Ya es sabido que Tello Girón se resistía porque no quería que en nuestra ciudad aumentasen los conventos —había ya 24— ni las monjas, que pasaban de 1.200. “Como me ví con él —escribe Teresa de Jesús— díjele que era

“recia cosa que hubiese mujeres que querían vivir en tanto rigor y perfección y encerramiento, y que los que no pasaban nada de esto, sino que se estaban en regalos, quisiesen estorbar obras de tanto servicio a nuestro Señor”.

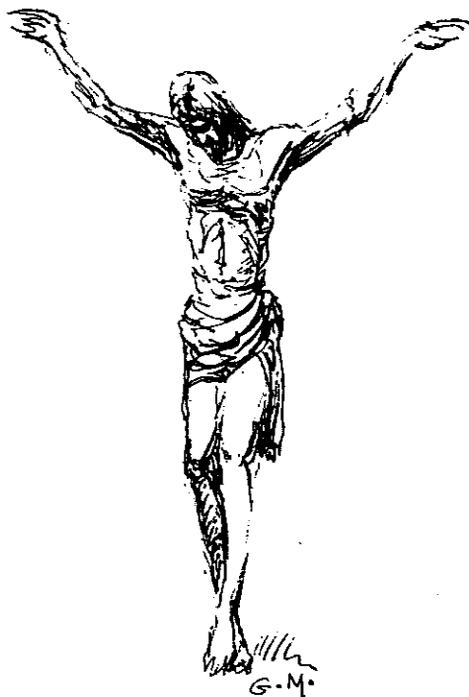
Para calibrar exactamente hasta donde llegó la audacia de la fundadora habría que considerar las circunstancias de lugar y tiempo. Hoy no hubieran sonado tan fuertes aquellas palabras. La audacia de Teresa de Jesús llegó hasta el límite. Se lo jugó a una sola carta. La fundación dependió de un hilo: el de la reacción del gobernador eclesiástico ante aquel desenfado de la inquieta monja.

Pocos periodistas de hoy son capaces de enfrentarse tan a las claras con quienes saben que tienen en su mano el poder y la facultad de cerrarles el paso a las fuentes de la información, sin las que los profesionales quedan reducidos prácticamente a la impotencia.

Para terminar faltan sólo unas palabras de agradecimiento a todos los que han tenido la deferencia de sacrificar un poco de tiempo de su descanso dominical para venir a escuchar mi pobre discurso de recepción en esta Real Academia que al elegirme no ha hecho precisamente lo que se llama un buen fichaje. Recibiré sin duda de la Academia más de lo que ella recibirá de mí; para com-

pensar este desequilibrio ofrezco desde ahora a la Academia mi leal colaboración sin otro límite que el que marca mi escasa capacidad. Mi gratitud también a D. Clemente Palencia a quien van a escuchar ustedes inmediatamente; cuando le oigan tengan en cuenta que a don Clemente se le suele subir el corazón a la cabeza cuando habla de sus amigos. Lamento de verdad que una utilización abusiva y protocolaria al final de cualquier intervención haya contribuido a disminuir su valor y significado, también cuando, como en este caso, es real y de reconocimiento profundo y sincero. Les aseguro que ésta es una de esas ocasiones en que la fórmula más simple y vulgar de la gratitud no tiene nada de rutinaria. GRACIAS, AMIGOS. MUCHAS GRACIAS.

LUIS MORENO NIETO
Numerario



DISCURSO DE CONTESTACION

En el ingreso del académico numerario ilustrísimo señor
don Luis Moreno Nieto

El tema de Santa Teresa de Jesús fue siempre preocupación de esta Real Academia; repasando los libros de actas de nuestra Corporación leemos que el 18 de marzo del año 1923, para conmemorar el III Centenario de su canonización, el académico numerario Dn. Agustín Rodríguez y Rodríguez pronunció un discurso sobre "Santa Teresa de Jesús en Toledo" que es una aportación importantísima para las investigaciones teresianas.

Después, a lo largo de nuestra vida académica, cuando ingresa como numerario Dn. José Carlos Gómez-Menor Fuentes, el 19 de octubre de 1969, dedica otra brillante aportación al tema con su discurso titulado "El linaje toledano de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz" al que tuve el honor de contestar.

Se vuelve a conmemorar su vida y su obra en 1982 para recordar el IV centenario de su muerte con otras luminosas enseñanzas sobre la santa doctora que así fue declarada el 27 de septiembre de 1970 por Pablo VI.

Hoy un gran periodista nos aporta nuevas declaraciones sobre este nuevo aspecto de las enseñanzas teresianas que son efectivamente lecciones de auténtico periodismo. ¿Quién podrá describir como ella su entrevista con Felipe II? Me voy a permitir recordarla: "Toda turbada empecé a hablarle, porque su mirada penetrante parecía herirme, así que bajé mi vista y con toda brevedad le dije mi deseo. Me postré de rodillas para darle las gracias por su gran merced. Mandóme alzar, y haciendo a esta monjuela, su indigna sierva, una reverencia como nunca vi".

Era el castellano popular de su época puesto al servicio de sus excelentes dotes de comunicación. Como nos ha demostrado Luis Moreno Nieto, Teresa de Jesús fue maestra del arte de interesar a sus lectores como si estuviera redactando una crónica de periodista.

Como nos ha ido relatando sus consideraciones con tanta brillantez, no insistiré sobre este tema y paso a trazar una rápida relación sobre la vida y la obra del nuevo académico. Luis Moreno Nieto nació el 14 de mayo de 1917 en Carpio de Tajo, cuyo Ayun-

tamiento dio su nombre a la plaza donde está situada la casa en que nació.

Es una noble villa cerca de Puebla de Montalbán, cargada de historia, pues en sus alturas hubo fortalezas de íberos, de romanos, de visigodos y de musulmanes. Muy frecuentado por Dámaso Alonso, también fue a vivir allí un ayo de la infanta Eulalia. Quiero destacar en esta breve digresión una evocación a la poética villa toledana de su nacimiento.

Su esposa, ñña. María del Rosario Santiago Albacete, dama de gran cultura literaria y musical, con sus seis hijos han formado el entorno de una familia modelo, testigo de sus grandes éxitos literarios.

Su curriculum vitae es extraordinario. Pertenece a la Asociación de Escritores y de la Prensa de Madrid. Fue redactor de "El Alcázar" de Toledo y corresponsal de "A.B.C." de Madrid, con el título de periodista profesional núm. 221. Dirigió en 1956 el periódico "Mas", órgano de la Acción Católica con trabajos en "La Vanguardia" de Barcelona, en la Agencia EFE y en otros prestigiosos diarios.

Ha dirigido los servicios culturales de la Diputación Provincial de Toledo. Su revista PROVINCIA, que publicó a lo largo de 22 años, es la enciclopedia más completa de nuestros pueblos e instituciones, mereciendo el título de cronista oficial de la Provincia.

Sus dieciocho premios periodísticos y otros valiosos galardones son prueba de su eficacia y laboriosidad que ha llegado al número de 7.781 artículos y reportajes publicados con su firma.

De sus cuarenta y cinco obras publicadas voy a citar unas que han sido agotadas: *Guía de la ciudad de Toledo. El Santo Niño de la Guardia. Diccionario Enciclopédico de Toledo y su Provincia* (con prólogo de Camilo José de Cela) *Los mozárabes toledanos. Guía de la Iglesia en Toledo. Cervantes en Toledo. Esquivias de Cervantes. Vida de Jesús para los niños. La Custodia de Toledo.* Sólo he citado la cuarta parte de su inmensa lista de publicaciones. Esta Real Academia abre sus brazos con admiración y afecto a tan digno académico numerario.

HOMENAJES